8

RESPIRAR POR LA HERIDA: EL POETA Y LOS OTROS EN LA OBRA DE LEOPOLDO DE LUIS Y MIGUEL HERNÁNDEZ

José Luis Ferris
Universidad Miguel Hernández

1. INTRODUCCIÓN

Hay *tres temas* esenciales que encuentran y comparten arraigo en la producción poética de Leopoldo de Luis y de Miguel Hernández. Nos referimos a la figura *del hijo*, en primer lugar; al término *herida*, en un segundo momento, como fuente generosa y humana por la que sale o entra la vida. En tercer lugar cabe hablar de *la sombra*, concepto extendido en ambas producciones cuya presencia o ausencia, victoria o derrota, generan angustia o esperanza.

El viaje poético de Leopoldo de Luis arranca (cronológicamente hablando) de los primeros encuentros con Miguel Hernández, de quien le separaban ocho años. Si cierto es que el libro con que se abre generalmente la bibliografía del poeta cordobés es *Alba del hijo* (1946), el rigor nos conduce a una obrita primitiva escrita nueve años antes, *Romances de un combatiente* (1937), poemario al que le seguirá *Versos en guerra* (1938), pequeña antología ilustrada que recogía poemas de De Luis, Miguel Hernández y Gabriel Baldrich.

Cabe, pues, situar los comienzos literarios de nuestro autor en la esfera hernandiana, en el decorado de una guerra civil, y en momentos de

puntual emoción. Confiesa Leopoldo de Luis en su libro *Aproximaciones a la obra de Miguel Hernández* que en noviembre de 1936, tras alistarse en el Quinto Regimiento, cayó herido en la defensa del barrio madrileño de Usera. Tras las primeras curas, fue finalmente trasladado al Hospital del Socorro Rojo Internacional de Alicante:

> ...andaba yo ultimando mi curación, y en tanto regresaba a las trincheras, me hicieron un hueco en sus tertulias los jóvenes escritores alicantinos Vicente Ramos, Manuel Molina, Ramón Clemente; los pintores Melchor Aracil, Abad Miró, Gastón Castelló; los periodistas Antonio Blanca, Luis Caballero...
>
> Aquel mes de agosto llegó Miguel Hernández. Había asistido en Valencia al Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas en Defensa de la Cultura y preparaba el traslado a Rusia, invitado para unos actos de teatro soviético [...]. El sábado 21 de agosto, el Ateneo Alicantino organizó un homenaje a Miguel que aún recordamos algunos de los asistentes. (De Luis, 1998: 11-12)

No cabe duda de que la intervención del poeta caló profundamente en el alma de un Leopoldo de Luis de apenas 19 años, como también en buena parte de los allí reunidos, tal y como nos han podido confirmar los testimonios de Vicente Ramos y Manuel Molina, presentes en aquel acto celebrado la tarde del 21 agosto de 1937. Al parecer, Hernández se sintió querido, admirado y arropado por un público rendidamente fiel. «Nací en Orihuela hace veintiséis años —recordó— He tenido una experiencia del campo y sus trabajos, penosa, dura, como la necesita cada hombre, cuidando cabras y cortando a golpe de hacha olmos y chopos, me he defendido del hambre, de los amos, de las lluvias y de estos veranos levantinos, inhumanos, de ardientes» (Ferris, 2016: 421). Miguel alternó prosa y verso en su alocución. Leyó el poema «Fuerza del Manzanares» de su futuro libro *Viento del pueblo*, recordó la muerte de Lorca —«la pérdida más grande que sufre el pueblo de España»— y adelantó, en una arenga sobre la solidaridad del combatiente, las líneas principales del texto «No dejar solo a ningún hombre» que vería la luz en las páginas de *Nuestra Bandera* el 14 de noviembre, tres meses después de aquella lectura pública:

> En una de las forzosas retiradas que tuvimos hacia Madrid, en la primera en que me vi envuelto, me sucedió algo significativo. La artillería, la aviación, los ataques enemigos se cebaban en nuestros batallones... En medio del fragor de la huida, de los cartuchos y de los fusiles que los soldados arrojaban para correr con mayor rendimiento, me hirió de arriba abajo este grito: «¡Me dejáis solo, compañeros!» Una bala rasgó por el hombro izquierdo mi chaqueta de pana, que conser-

varé mientras viva, y las explosiones de los morteros me cegaban y me hacían escupir tierra. «¡Me dejáis solo, compañeros!» Se oían muchos ayes, muchos rumores sordos de cuerpos cayendo para siempre, y aquel grito desesperado, amargo: «¡Me dejáis solo, compañeros!» ¡A mí me faltaba y me sobraba corazón para todo! En aquellos instantes sentí que se me desbordaba el pecho, orienté mis pasos hacia el grito, y encontré a un herido que sangraba como si su cuerpo fuera una fuente generosa. «¡Me dejáis solo, compañeros!» Le ceñí mi pañuelo, mis vendas, la mitad de mi ropa. «¡Me dejáis solo, compañeros!» Le abracé para que no se sintiera más solo. Pasaban huyendo entre nosotros, sin vernos, sin querer vernos, hombres espantados. El enemigo se oía muy cercano. «¡Me dejáis solo, compañeros!» Le eché sobre mis espaldas; el calor de su sangre golpeó mi piel como un martillo doloroso. «¡No hay quien te deje solo!», le grité. Me arrastré con él donde quisieron las pocas fuerzas que me quedaban. Cuando ya no pude más le recosté en la tierra, me arrodillé a su lado y le repetí muchas veces «¡No hay quien te deje solo, compañero!» Y ahora, como entonces, me siento en disposición de no dejar solo en sus desgracias a ningún hombre.

El recuerdo de aquella lectura hizo mella en un jovencísimo De Luis que, desde esa fecha, ya no supo ni quiso alejarse de aquel credo de solidaridad absoluta y de aquel poeta (un auténtico hermano mayor) que encarnaba la dignidad del hombre. «Toda la poesía de Miguel Hernández —señala de nuevo Leopoldo— se impregna conmovedoramente de ese espíritu. Es una poesía fraterna y está inspirada en el amor» (De Luis, 1998: 15)

No obstante, no era esa la primera vez que maestro y aprendiz se encontraban.

Mi amistad con Miguel databa de poco antes. Una tarde del mes de mayo de 1936, empapada de lluvia. Recuerdo que fue un mes desapacible, generador de un buen resfriado para Miguel. Así, muy acatarrado, lo vimos en una tertulia literaria en la que nos refugiamos el poeta José Luis Gallego y yo [...].El encuentro en el Ateneo de Alicante estaba ya más denso de sucesos comunes. Yo tenía el casi infantil orgullo de pensar que de los jóvenes oyentes, quizá fuera el único que trataba personalmente al poeta [...]. *El poeta es el soldado más herido*, nos decía Miguel, y nosotros seguramente queríamos que fuera así, porque guerra y poesía nos agarraban en aquel instante, y nos rondaba la idea de que la poesía es respirar por la herida, y que esa herida puede ser la de todos, la de cuantos viven en una esperanza común. (De Luis, 1998: 12-15).

El primer encuentro de Leopoldo de Luis con la obra hernandiana es a través de ese hondo sentido de la poesía como compromiso con los otros. No se encuentra, pues, con el autor enamorado de *El rayo que no cesa* o con el joven perito en lunas de los primeros años 30. El poeta que conoce y reconoce en 1936 es ya un creador que ha superado los modelos de la poética individualista (o burguesa), que ha renovado sus principios éticos y estéticos, y que ha asumido la mística de lo popular. Es el viaje del *yo* al *nosotros* el que Leopoldo vuelve a asociar a la anécdota del Ateneo de Alicante:

> Perfectamente solidaria, la poesía de Miguel Hernández es eso: un compañero que no nos deja solos, un amigo que se acerca a nosotros, un ser que nos comprende. Nos sentimos arropados, amparados, por así decirlo, por una poesía que es como un abrazo.
>
> Y en su valor trascendente, en plena guerra civil, esa narración hernandiana se hace simbólica. Aquí sí que la anécdota se eleva a categoría. En las circunstancias históricas de una hipocresía mundial ante el acoso a la República española, el hombre que ve cómo le dejan solo viene a ser el pueblo español, desangrado en una pugna fratricida. (De Luis, 1998: 156).

2. HIJO DE LA ESPERANZA

Durante y después de esa pugna fratricida, el poeta de Orihuela sufriría una de las mayores tragedias íntimas: la muerte del hijo, apenas aliviada por el nacimiento de un nuevo retoño en enero de 1939. Sea por la muerte o sea por la vida, lo que parece claro es que el hijo pasó a cobrar un protagonismo permanente en la poesía de Hernández, la misma poesía que alimentó, en parte, sus dos poemarios de guerra (*Viento del pueblo* y *El hombre acecha*) pero, sobre todo, la que escribió durante su cautiverio en su periplo carcelario y que dio lugar a su *Cancionero y romancero de ausencias*.

No parece idea baladí recordar que si los primeros escarceos poéticos de Leopoldo de Luis se gestaron al amparo de la guerra y de la presencia de Hernández, también había cierta deuda hernandiana en el hecho de estrenarse de un modo oficial como poeta en 1946 con un libro provocado por el nacimiento del primer hijo. *Alba del hijo* es, pues, la obra a través de la que rompe el instinto creador de De Luis, la que legitima su entrada en la poesía española de posguerra, y ello con la misma virtud y razón con la que el hijo ilumina y genera el último de los libros de Miguel Hernández: *Cancionero y romancero de ausencias*.

Claro es que los antecedentes con los que cuenta el poeta cordobés no solo se circunscriben a Hernández. El tema del hijo aparece con determinada frecuencia en la tradición lírica; así lo vemos en Enrique de Mesa y Enrique Díez Canedo en la poesía de comienzos del siglo XX. No obstante, es al final de la Guerra Civil cuando reaparece el asunto y cobra singular protagonismo en la obra de un autor como Miguel Hernández, donde el hijo es tema recurrente. «Es comprensible que la generación de la posguerra, que sufrió tanto —señala Leopoldo de Luis—, quisiera pensar en el futuro y en los hijos; quizá sea esta la verdadera razón: la esperanza en el futuro y la proyección de nosotros a través de la presencia de nuestros hijos». (Morelli, 1987)

Para ambos poetas, Hernández y De Luis, el hijo es símbolo inequívoco de la esperanza:

Para el hijo será la paz que estoy forjando...

(«Canción del esposo soldado»)

Hijo del alba eres, hijo del mediodía.
y ha de quedar de ti luces en todo impuestas...

Haremos de este hijo generoso sustento,
y hará de nuestra carne materia decisiva:

Él hará que esta vida no caiga derribada,
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos

(«Hijo de la luz y de la sombra»)

Es tu risa la espada
más victoriosa.
Vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol,
porvenir de mis huesos
y de mi amor.

(«Nanas de la cebolla»)

En el primer libro de Leopoldo de Luis, *Alba de hijo*, leemos:

SOMBRA apenas de vida. Imperceptible aliento.
Sólo vago aleteo de mi amor o latido.
Susurro que arrebata un milagroso viento
del árbol de mi sangre triste y estremecido.

Pálpito de mis pulsos más allá de mí mismo.
Eco de mis latidos y sombra de mis tactos.
Proyección de mi vida hacia un nuevo heroísmo
por rutas indecibles y caminos exactos.

Proyección de mi vida, hoy sólo dulce peso.
Sólo extraño vahído por la materna frente.
.....
Ella, en la luminosa penumbra de su sueño,
ya te da dulces nombres con que vestir la rosa,
la ternísima rosa de tu cuerpo pequeño
que hoy llena esa penumbra del sueño luminosa.

Huella de amor en prados de escondida ternura,
en ocultos jardines donde empieza la vida.
Mi corazón vestido con su emoción más pura
—sombra, temblor o hijo— te da su bienvenida.

(«Primera dedicatoria»)

A partir de esta visión del hijo como único elemento de esperanza en unos años de honda desolación —«tiempo sombrío», como reza el título de la exposición de su centenario—, la poética de Leopoldo de Luis atravesará diversas y progresivas etapas (neorromántica, social, metafísica, existencial...) siempre vertebradas por un hilo común: la concepción de la poesía como una conciencia puesta en pie, como un compromiso y una responsabilidad que lleva al poeta a responder precisamente a su conciencia y a estar a la altura de su tiempo. Según el propio poeta, la poesía está destinada a sublima sentimientos colectivos latentes en un marco histórico en el que priman la opresión política y la explotación económica; de ahí que la poesía de posguerra, de la que Leopoldo de Luis es uno de los principales representantes, muestre su contacto con el pueblo, su amargura por la situación de abatimiento en que se encontraba el pueblo español tras la guerra civil.

Pertenezco a una generación que cambió un día la actitud del poeta frente a la poesía misma —decía De Luis—. Se abatieron las torres de marfil, se eludieron las delicuescencias narcisistas. Se procuró que la poesía bajara a la calle y tomase conciencia de una realidad colectiva. Alguien nos acusó de deteriorar la belleza, pero nos ateníamos a un aforismo de un gran maestro: Vicente Aleixandre hablaba de que hay épocas graves, de urgentes crisis, en las que se deben exigir al poeta los valores éticos más que los meramente estéticos. Surgió, quizá ingenuamente, una poesía en la que el poeta hace girar el eje de su comprensión más que hacia el yo, hacia el nosotros [...]. Quisimos llevar la poesía cerca del dolor y de la injusticia. Porque toda gran poesía lleva implícita una moral. Alguno de nosotros la definió como un arma cargada de futuro, y lo es: no un fin en sí misma, sino un medio de comunicación; cargada porque algo va con ella; de futuro porque aspira a crear conciencia. Otro la consideró defensa del hombre. Y también lo es, al verla como un humanismo. No faltó quien pensó que la belleza, junto a los que sufren y esperan, puede ser un exhibicionismo cruel. (De Luis: 2005: 3)

3. ENTRE LA HERIDA Y LA SOMBRA

Pero más allá de esta confesión en la que Leopoldo de Luis define a la perfección los contornos de su poesía e incluso de su poética, el autor de *Juego limpio* nos habla de la herida como eje de esa concepción del oficio poético:

He pretendido poner la poesía junto a la vida. No sé si es propiamente vida, pero sé que es su compañera. Me resisto a que sea bella pero inútil. Entre la «fermosa cobertura» del Marqués de Santillana, y el «cambiar el nombre cotidiano de las cosas» de D. José Ortega, yo me he permitido definirla como RESPIRAR POR LA HERIDA. (De Luis, 2005: 3)

En efecto, para nuestro poeta, también la vida es una forma de respirar por la herida; si se quiere, escribir poesía es una de las más nobles actividades humanas en tanto en cuanto es útil para el hombre. Y esa utilidad se fundamenta en su valor para iluminar parcelas oscuras de la vida, para poner sentido al sinsentido:

Con la poesía he atravesado períodos oscuros —asevera el poeta—. En tiempos de coerción, el valor polisémico de la palabra poética llegó a ser una coartada para la busca de una expresión libre. No sé si caigo en la presunción ingenua de creer que cierta poesía fue leal al propósito de abrir ventanas en el recinto de una sociedad menos alumbrada de lo deseable. (De Luis, 2005: 3)

Es aquí, en este punto exacto de la reflexión deluisiana, cuando (de nuevo) asalta al pòeta el ejemplo de Miguel Hernández con una composición que es santo y seña de su credo poético. Me refiero a «Eterna sombra», uno de los últimos que escribió el oriolano y que responde al espíritu de aquella generación de la primera postguerra. Nos referimos a los estremecedores versos endecasílabos anapésticos que, lejos de su origen festivo (versos de *gaita gallega* propios de la poesía popular de danzas y canciones), se ciñen en este poema a la tragedia de un hombre encarcelado:

> Yo que creí que la luz era mía
> precipitado en la sombra me veo.

No obstante, lo que resalta De Luis son los versos finales en los que Hernández, pese a la desgarradora y tozuda realidad, se ampara en la esperanza:

> Pero hay un rayo de sol en la lucha
> que siempre deja la sombra vencida.

«Me permito añadir que esa lección del desgraciado y joven poeta —apunta el autor cordobés— es aún más honda de lo que parece, porque en su primer borrador el poema terminaba con un lógico desánimo:

> Si por un rayo de sol nadie lucha
> nunca ha de verse la sombra vencida.» (De Luis, 2005: 4)

Como señala De Luis, el mérito de Miguel fue rectificar y desactivar el pesimismo del propio título en favor de la esperanza; fue negar que, por culpa de la acción humana, puede haber sombras eternas. «De este modo —comentaba Leopoldo de Luis en las páginas de *Papeles de Son Armadans*, numero de otoño de 1961—, un poema amargo, fruto del desaliento y de la adversidad, se convierte en bandera de esperanza colectiva». (De Luis, 1998: 109)

4. LA PALABRA EN EL TIEMPO

La herida y la sombra han sido los cauces paralelos por los que, desde 1946, han discurrido los pasos del poeta cordobés. Hablamos del autor de obras capitales de nuestra literatura contemporánea, aunque no está mal recordar que a sus 35 libros de poesía hemos de añadir 7 antologías que se

han hecho sobre su obra, así como 10 libros de ensayos referidos a Miguel Hernández, a Antonio Machado, a León Felipe, a Vicente Aleixandre, a Carmen Conde, a Manuel José Quintana, al modernista Gonzalo Morenas de Tejada o a la poesía de Millares Carlo; obras a las que debemos sumar dos conocidas y fundamentales antologías, una de poesía social y otra de poesía religiosa.

Pero nos interesa ahora su poesía, ese *respirar por la herida*, entendiendo la herida como vivencia, como experiencia personal.

> La poesía nace de los sentimientos subjetivos —insiste el poeta—, nace de la MISMA PROSA DE LA VIDA, pero consiste en lograr que esos sentimientos y esa prosa trasciendan a valores estéticos mediante un lenguaje peculiar, una palabra cargada de contenido y una forma armónica y rigurosa. Todo ello debe ir envuelto en un ritmo que nace del propio poema, sin el cual la comunicatividad del poema puede frustrarse. (Salamanca, 1999).

No cabe duda de que, como en Hernández, la fuerza y el alma del poema residen esencialmente en la forma, en el oficio de la escritura como modo de elevar la experiencia y la emoción al lugar que le corresponde; de ahí el cuidado que desde siempre, Leopoldo de Luis le otorgó a la palabra exacta, al verso perfecto:

> La poesía no se hace sólo con el corazón —llamando corazón al sentimiento—; tampoco se piensa sólo con el cerebro. Piensa el sentimiento; siente el pensamiento, nos repitió don Miguel de Unamuno. El poeta en la poesía social incorpora a su obra preocupaciones y sentimientos tan legítimos poéticamente como cualesquiera otros: amorosos, religiosos, estéticos. Su postura ante la realidad del mundo le lleva a convertir esas experiencias, y precisamente esas, en materia poética. (Díez de Revenga, 2018).

Dicho de otro modo, la poesía —especialmente la llamada social— apoya su eficacia en la objetivación de un testimonio que parte de un aquí y un ahora, es decir, de un momento histórico perfectamente reconocible para el lector. Y al mismo tiempo: «La poesía actúa lentamente en la sensibilidad —subraya el poeta—. Nunca se propuso otra cosa la poesía sino ayudar a tomar conciencia y compadecer. Porque compadecer quiere decir padecer-con, esto es: ponerse al lado de quienes sufren y compartir sus situaciones, sus amarguras y sus esperanzas». (Román Gutiérrez, 2018).

Volviendo al cauce recorrido por el poeta desde su libro concebido en la Guerra Civil o desde esa obra inaugural (*Alba del hijo*) hasta sus último poemario (*Cuaderno de San Bernardo*) o ese poemario póstumo titulado *Respirar por la herida* (2012), hallamos paralelismos inequívocos entre la concepción poética de Hernández en su última etapa y la visión del mundo heredada y defendida por Leopoldo de Luis.

Para ambos, es el hombre y su tiempo la preocupación que late en sus respectivas obras. En los dos, la experiencia personal y colectiva deja profunda huella en un proceso de escritura que culmina en una poesía comprometida y esencial, testimonio indefectible de su tiempo.

A pesar de que la crítica ha considerado los libros *Teatro real* (1957) y *Juego limpio* (1961) como paradigmas de la «poesía social», el tono desesperanzado, comprometido y solidario de su obra se puede apreciar desde sus primeras composiciones.

Obviando el aliento combativo de los poemas de guerra, desde *Alba de hijo,* el interés por lo esencialmente humano y la consideración del hombre en un devenir colectivo atemperan la experiencia personal, que se revela como única salida a la esperanza (representada en el hijo) ante el desolado paisaje del momento.

En este libro, la dicha íntima vuela «por encima del tiempo y su amargura», aunque la incertidumbre y el miedo amenacen la ilusionada espera («menos tu vientre / todo es oscuro», en versos de Miguel). El tema del hijo, encarnación, como hemos visto, del deseo de un futuro mejor, así como la factura clásica de los versos, que alternan con formas expresivas populares (canciones de cuna) impidieron ver en este poemario un clamor en ningún momento oculto, sobre todo cuando el poeta que va a ser padre mira hacia atrás y contempla los estragos de una guerra presente en todos los hombres:

> Qué vale mi alegría si el mundo se empantana
> en sangre y llanto y hambre, en muerte y odio y guerra.

Sobre *Huésped de un tiempo sombrío* (1948) —eje de su poética según algunos críticos—, el poeta advierte que «...la amargura que de él puede desprenderse está motivada por todo el contexto sociopolítico que está influyendo en el autor» (Canales, 1987). Los poemas se tiñen de un tono

existencial en el que la angustia y el tiempo se fijan en la visión simbólica de un paisaje estéril y desolado (yermos, páramos, desiertos).

Esperaré. Ya sé que en vano se hace,
como en vano la noche espera al día
que sólo al alcanzarlo, se deshace;
como es nada al llegar al mar la ría.
Canto mi soledad, álamo triste.
Lo que me abrasa canto, mientras muero.
¿Detrás del llanto un mundo nuevo existe?
Todos los días de mi edad espero.

Igual sucede en *Los imposibles pájaros* (1949), título tomado de un verso de Vicente Aleixandre, a quien va dedicado el libro. En él, el gesto existencialista denuncia la situación social que esclaviza al hombre, «Una elegía por las ilusiones que se desvanecen», y se puebla de melancolía al contemplar la infancia perdida y una juventud devastada por la guerra. La segunda parte bebe de los versos de Hernández («En el corazón arraiga / solitariamente todo») y se muestra fiel al poeta dispuesto a no dejar solo a ningún hombre: «Sobre mi espalda pasan los senderos / que se recorren desde siglos. / Mis pies arrastran otros densos cuerpos / que lastran este cuerpo mío». La voz poética asume con más energía la responsabilidad de hablar por todos. En la tercera parte de *Los imposibles pájaros* aparece la conocida imagen con la que De Luis definió la poesía (poema 9): «respirar por la herida»

Respiro por la herida.
Por esta viva herida de mi muerte,
por esta mortal llaga de mi vida
que años y sueños y fracasos vierte.

Todo ello se intensificará en el libro siguiente, *Los horizontes* (1951), grito dirigido al resto de los hombres no solo para que sientan el dolor de esa herida, sino para que intenten suturarla. Aquí se alza la esperanza y el sentido de la unión y la solidaridad... (el *yo* y el *tú* convertidos en *nosotros*):

OSCUROS hombres, vamos a la luz,
vamos a remontar los hoscos sueños...

Montón de soledades asediadas
por la injusticia, por el hambre, el miedo.

Solitarias angustias, hombres solos,
vamos hacia la luz a comprendernos»;

Acaso dentro de nosotros mismos
vuela, y llevamos nuestro propio cielo.

El pequeño paréntesis intimista que supone *Elegía en otoño* (1952) penetra de igual modo en la efímera condición del hombre, en la experiencia colectiva. Hay un tono existencialista que se extiende también a las seis composiciones que conforman *El árbol y otros poemas* (1954) y al libro *Los horizontes*. La particularidad de este último consiste en el uso de elementos simbólicos, algunos tan cotidianos y recurrentes en la poética de Leopoldo de Luis como el mar, el árbol, la pelota, el tiovivo, la caja de música...; objetos o lugares que encarnan el inexorable paso del tiempo, el desasosiego, la desesperanza o la infancia arrebatada.

Los poemas elegíacos de *El padre* (1954), pese al repliegue intimista que aparenta, abarca en su fondo al ser humano. El libro parte, como aclara el mismo poeta, «de un dolor íntimo y personal» para alcanzar «una pena generalizada en la sensación de orfandad que siempre acompaña al hombre». (De Luis, 1985: 6)

El neorromanticismo de De Luis se aprecia especialmente en el *El extraño* (1955), extranjero y errante en su propia tierra. Los versos que nos regala este libro sugieren una deuda con poemas hernandianos del perfil de «Hijo de la luz y de la sombra»:

Mudo. Tú y yo arrojados
a un destino violento,
aquí, sobre la tierra,
abrazándonos ciegos.
.....
¡Qué poco puede el hombre!
Y me refugio en medio
de tanta soledad
en tu caliente cuerpo,
para que entre tus brazos
me mezas con tu tierno
amor. Niño asustado,
busco tu amor materno.

Los dos en la tiniebla
abrazados, pequeños,
frente a la eternidad,
lloramos en silencio.
La noche continúa
mudamente cubriéndonos.

El gran teatro de la vida como visión metafórica del mundo lo encontramos en *Teatro real* (1957). En este poemario profundiza en la verdad humana, sujeto y víctima a la vez. Tanto la simbología de la obra como el desasosiego que la traspasa conectan con libros anteriores, y reaparece el hijo como razón de esperanza.

No hay más que estos enormes corredores
por los que nos cruzamos ciegamente
vecinos de una casa de rencores
con la pared de un odio sordo enfrente.

Con las manos heridas, la ventana
soñamos construir, a la luz pura,
que nuestro hijo pueda abrir mañana.

En *Juego limpio* (1961) hallamos aproximaciones a lo popular que nos remiten al *Cancionero y romancero de ausencias* hernandiano.

Ante estos versos de Miguel:

El sol, la rosa y el niño
flores de un día nacieron.
Los de cada día son
soles, flores, niños nuevos.

Mañana no seré yo:
otro será el verdadero.
Y no seré más allá
de quien quiera su recuerdo.

Leopoldo de Luis responde:

La Tierra, el Sol, los hijos...
¿Qué palabras
desdecirán la realidad? ¿Qué hielo

sujetará este río?
Un llanto habla
solo al revés; remonta el cauce; ahonda
la antigua herida.
Todavía sangra.

En *Entre cañones me miro* (1981) se ahonda en los valores humanos, en el esfuerzo diario y común que, tanto el poeta como el asalariado, el jornalero o el obrero, realizan para dignificar el trabajo. De nuevo el yo poético diluye la experiencia personal en el mar solidario de los otros.

5. COMO UN DESIERTO SOY

Es evidente, pues, la progresión de la poesía existencial, humana y comunicativa de Leopoldo de Luis desde sus comienzos hasta la aparición de *Cuaderno de San Bernardo* (2003), libro escrito en la habitación del sanatorio donde murió su mujer. En este último, el escepticismo y la soledad campan a sus anchas e imponen una nueva visión de pesimismo productivo. El poeta describe ahora la vida como una triste alga oscura. Y su gemelo, con el que establece paralelismos, será la sequedad y la ausencia manifestada en el desierto: «Como un desierto soy, como un desierto»:

llegó la soledad y no me he muerto
la soledad me abre su desierto
y me quedo a vivir entre sus brazos.

No negaré yo haber caído muchas veces en el pesimismo —confesaba el poeta cordobés en marzo de 2004, poco antes de morir—, pero, también en esto, viene en mi ayuda Camus, asegurando que una filosofía pesimista no está reñida, en el terreno de los hechos, con una moral de coraje. En realidad, lo había anticipado Unamuno cuando en *Del sentimiento trágico de la vida*, dijo que cabe cierto pesimismo capaz de engendrar un optimismo temporal.

Han pasado los años, y debo confesar que el viejo poeta se halla mermado por el escepticismo. El mundo, dominado por sistemas capitalistas y arregostado a triunfos burgueses, posterga valores que un día soñábamos. ¿Podrá la poesía rescatarlos?

La Humanidad no ha logrado en el curso de los siglos librarse de los estigmas de la guerra, del hambre, de la injusticia. Dudo de que lo consiga ni en este tiempo ni en los venideros. Pero quiero confiar en que, a pesar de todo, siempre habrá un poeta que alce la voz de la esperanza y de la libertad. (De Luis, 2004: 4)

En resumen, fue el fogonazo de una guerra y la presencia de un poeta como Hernández los que prendieron en el corazón de Leopoldo de Luis y de parte de una generación marcada por la misma tragedia:

> Salíamos de la Guerra Civil y la misma división del país se daba en la poesía —recuerda el pota cordobés—. No había maestros. De hecho, de una forma casi inexplicable, nos enteramos de que, recluido en su casa de Velintonia, vivía Vicente Aleixandre. La principal novedad es que el poeta cambia su actitud frente a la poesía, pasa del yo al nosotros, piensa que no puede inhibirse y asume los problemas de la sociedad. De ahí el nacimiento de la poesía social.
>
> Los poetas asumieron el dolor y la esperanza colectivos y los integraron en su obra igual que sentimientos como el religioso o el amoroso.
>
> Otra idea sería la expresada por Celaya cuando afirma que «la poesía es un arma cargada de futuro», no un fin en sí misma, sino un medio para expresar algo. Sartre decía que las palabras son pistolas: si se apunta hay que disparar, y si se dispara hay que hacer blanco. (Morelli, 1987)

Por último, no encontramos mejor manera de cerrar este trabajo que evocando aquí la visión que de Leopoldo de Luis nos han dejado intelectuales y amigos del poeta, entre ellos, Antonio Hernández, Francisco Umbral y Fanny Rubio:

Antonio Hernández:

«Poeta social, poeta metafísico, poeta existencial, poeta que aúna la reflexión y la emoción, poeta solidario, en suma, pero quizás con un trasfondo de piedad en el que la misericordia concibe, a la manera de Espinosa, el amor en cuanto afecta al hombre, de manera que se alegre con el bien del otro o se entristezca con el mal ajeno». (Hernández, 2018)

Francisco Umbral:

«Leopoldo de Luis —el mínimo y dulce Leopoldo de Luis, se llegó a decir en la tertulia—, era de ojos pequeños y maliciosos, nariz grande, boca inexistente, rostro un poco rojizo, fácilmente alegrado y subido de color de la risa, y venía de sus oficinas de seguros lleno de versos, de cultura, de conversación, de chistes malos y poemas buenos. Escribía una poesía en la música de Miguel Hernández, hecha de humanidad y socialismo, con gran sentido del verso, gran ductilidad lírica y una melodía grata y honda, monótona y cierta, que daba gran calidad a todo lo suyo». (Umbral, 2013)

Fanny Rubio:

«Existen pocos ejemplos en la poesía española actual de escritores que busquen verdades profundas y que estas verdades integren una modernidad literaria. A esta gama pertenece Leopoldo de Luis, poeta, antólogo, ensayista y crítico. Testigo de una época, además de violenta y dura, de mesura y contención en el terreno estético que fue sustituida por otra de más desbordado apasionamiento, asistiendo a un movimiento que podemos calificar de neorromántico, ha sido maestro de los años oscuros, y ha tenido a bien tomarse a broma a los que iban, en plena posguerra, de héroes por la vida». (Rubio, 2018)

BIBLIOGRAFÍA

CANALES, Jacque (1987): «Leopoldo de Luis. El esplendor de la palabra». Entrevista realizada para el diario *La Tarde*: Madrid, 10 de septiembre de 1987.

LUIS, Leopoldo de (1937): *Romances de un combatiente*. Alicante: Ediciones del soldado del pueblo.

_____, (1938): *Versos en la guerra* (con Miguel Hernández y Gabriel Baldrich). Alicante: Socorro Rojo.

_____, (1948): *Huésped de un tiempo sombrío*. San Sebastián: Gráfico-Editora, S.L.

_____, (1961): *Papeles de Son Armadans*, Numero de otoño de 1961.

_____, (1985): *Reflexiones sobre mi poesía*. Conferencia pronunciada en la Escuela Universitaria de Formación de Profesorado de EGB "Santa María". Diciembre de 1984. Madrid: Universidad Autónoma.

_____, (1998): *Aproximaciones a la obra de Miguel Hernández*. Madrid: Ediciones Libertarias.

_____, (2005): «Discurso de don Leopoldo de Luis leído durante el día de la Universidad (Curso 2004-2005)». Universidad Carlos III de Madrid. Texto publicado en la revista *Carlos III*, Universidad Carlos III de Madrid, N.º 58, diciembre 2005.

DÍEZ DE REVENGA, Fco. Javier (2018): «La poesía aprendida: en torno a la obra crítica y ensayística de Leopoldo de Luis», artículo publicado por el Centro Virtual Miguel de Cervantes:
https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/deluis/acerca/diezrevenga.htm

FERRIS, José Luis (2016): *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

HERNÁNDEZ, Antonio (2018): Palabras pronunciadas por el poeta Antonio Hernández en el Homenaje a Leopoldo de Luis, celebrado en el Aula Carlos Álvarez, del Club de Amigos de la Unesco, de Madrid, el 18 de mayo de 2018.

MORELLI, Gabriele (1987): «Conversando con Leopoldo de Luis». Entrevista, realizada en abril de 1987 publicada por el Centro Virtual Miguel de Cervantes:
https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/deluis/acerca/morelli.htm

ROMÁN GUTIÉRREZ, Isabel (2018): «*Por encima del tiempo y su amargura*: alba poética de Leopoldo de Luis», artículo publicado por el Centro Virtual Miguel de Cervantes:
https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/deluis/acerca/roman.htm

RUBIO, Fanny (2005): *Palabras para Leopoldo de Luis*. Homenaje celebrado en el Museo de la Ciudad de Madrid el 14 de diciembre de 2014. Madrid: Publicaciones del Museo de la Ciudad-Área de las Artes del Ayuntamiento de Madrid.

SALAMANCA, Carmen (1999): «Entrevista realizada a Lepoldo de Luis, Primer Premio de Poesía "Pablo Menasa de Lucía"». Recogida en *Las 2001 noches. Revista de Poesía, Aforismos, Frescores.* N.º 30. Noviembre 1999.
http://www.las2001noches.com/n30/pg1.htm

UMBRAL, Francisco (2013): *La noche que llegué al café Gijón*. Barcelona: Austral.

URRUTIA GÓMEZ, Jorge , ed., (2003): *Será sencillamente* (biografía, estudio, antología y bibliografía). Ayuntamiento de Ávila, colección Castillo Interior.

_____, ed., (2007): *Leopoldo de Luis. En resumen*. Antología poética (1946-2005) (ed.). Sevilla: Fundación José Manuel Lara.